

«RECORDAR ES AMAR». UNA LECTURA DE LA POESÍA DE JUSTO JORGE PADRÓN

La lectura de *Los oscuros fuegos* (*) tiene mucho que ver con el hallazgo, alienta esa rara palabra poética que ha encontrado el don de llegar a caer entre los corazones repartidos.

Es una reflexión, un proceso de meditación que da a la poesía que hoy nos ocupa su carácter más esencial: un descentrarse sobre el mundo, sobre las cosas y los seres, buscando la respuesta en la memoria, en el recuerdo que después se acumula. Es el abrazo sentimental con el mundo entorno mientras la vida desaliñada le cubre los costados. De ahí que no sea extraño el afirmar que la poesía de Justo Jorge Padrón perdurará, pasará a los que vengan detrás, como una poesía que se abraza al mundo en una ancha reflexión sentimental sobre la vida.

Quizá también la tristeza, el desconsuelo nacido de la tarea sobrehumana que el poeta debe realizar: recorrer los caminos que rompen nuestra libertad. Mostrar la manera de asumir nuestro destino. Perderse en el laberinto de las selvas intrincadas para terminar con las manos llenas de la ruptura de nuestros más hondos empeños. Y ésta es nuestra incapacidad, nuestra frustración: la implacable ruptura del mundo del deseo, en terminología cernudiana, acompañada de lo que Larra llamó «el eco de las tumbas». Quiere esto decir que crear es en un cierto sentido asistir a unos asombrados funerales. Y así, mirando hacia su vida pasada, en medio de la angustia inmensa, nuestro poeta nos deja en la pena de sus versos algo de nuestra condición humana: el largo contramutis, la incapacidad de poseer el mundo, la necesidad de asir en cabestro dos láminas terrestres. Ahí recoge su carga:

Extranjero

*atraviesas los surcos bien trazados
del laborar humano
al que nunca supiste acomodarte
dominado, vencido
por esencias más fuertes
que tu propio deseo,
que inevitablemente te disuelven,
te arrastran no se sabe dónde...*

En fin, las palabras para nuestro poeta son difíciles, las hace difíciles la carga que llevan, pues la manera de entender la creación poética de Justo Jorge Padrón se acerca mucho a lo que Umberto

(*) Ediciones Rialp. Madrid, 1971.

Eco llama metáfora epistemológica; esto quiere decir que nuestro poeta parece pensar que su obra no es solamente una manera de mirar el mundo, sino que nos muestra la mirada que su época y la cultura de su época echan sobre el mundo. Entonces su obra, aunque obedezca a motivaciones estrictamente personales su experiencia, será esencialmente generalizadora. La manera de comunicar esa experiencia es en la que se centra su trabajo de poeta, la búsqueda de su propio lenguaje. Estos dos ejes sobre los que se ordena su obra para mí se sitúan en una tradición muy clara dentro de nuestra cultura de hoy. El problema comenzaría con Cernuda, su intento de comunicar sobre todo lo central de la experiencia, es decir, la soledad como la respuesta más auténtica que el hombre puede dar a determinados entornos. Como dice nuestro poeta: «la soledad es una cuestión de lucidez». Esa soledad teñida de desesperanza que nace de la búsqueda de autenticidad, lo que Francisco Brines ha llamado, en verso imborrable, ese mundo «que pudo ser una bella verdad». Habría que añadir la búsqueda alucinante de unas señas de identidad, el mundo agónico de los seres marginados (?) de «Palabras en el muro», y el estudio, dentro de un experimento lingüístico de alto valor, de las motivaciones del suicidio en «Contramutis». Todo ello nos lleva a la conclusión de que el problema central de la obra de Justo Jorge Padrón es la desesperanza. En él se remansa la tradición a la que me he referido.

Hemos encontrado pocos poetas que, como el que nos ocupa, crea en aquella idea de Freud en la que se centra el problema del lenguaje como un proceso de reinversión del ser. Ese proceso de reinversión se da a través de la memoria. Y precisamente la primera parte de *Los oscuros fuegos* aparece introducida por aquellas magistrales palabras de Proust que centran a la perfección el problema de la creación poética en el creador a que nos referimos: «Sólo a través de la memoria recobra la vida su unidad.» Y con ello se nos presenta claramente que Justo Jorge Padrón es un poeta cuyas vivencias más hondas nacen a través del recuerdo. Esta misma palabra es un índice revelador y se repite de una manera u otra hasta cinco veces en los primeros poemas. Hay en medio de ese recuerdo una relación continua pasado-presente (deseo-realidad):

*Tentamos afanosos
en el tumulto del pasado
una esperanza que nos salve,
y así, sin darnos cuenta,
borradas las fronteras hostiles del presente,
una tibieza invita a penetrar
las horas cálidas vividas.*

y también

*rechazamos la imagen luminosa
de aquel pasado irrepetible,
para volver con pesadumbre
a ese otro mundo de cenizas...*

Con el recuerdo se empoza en el poeta todo lo vivido y ello quiere decir muy directamente que ahí comienza la creación. Después la lucha con el poema, y en una elaboración plenamente consciente se irán disponiendo los materiales. Ahí nace también un cierto distanciamiento necesario para operar sobre la materia poética sentimentalizada. Y pese a la frescura que muestran algunas de las composiciones, Justo Jorge Padrón parece haber necesitado mucho tiempo, mucho trabajo, para encontrar la expresión más certera, la tibieza del poema.

Esos materiales a los que nos referimos tienen, a mi modo de ver, una intención fundamental, y es ésta la de intentar aprehender el mundo, lo más hondo de la vida. Para ello la lucha con la expresión tuvo que haber sido dura, el empeño es ambicioso, pero algo de nosotros ha quedado en estos poemas. Sin duda alguna podríamos colocar aquí la idea del autor de que en un sentido muy claro la poesía no es más que un gran poema al que nos vamos acercando cada vez más en los distintos poemas que escribimos. Por ello resalta dentro del libro una alta utilización del lenguaje dentro de cauces racionales y discursivos, cada palabra toma su sentido preciso dentro del tratamiento que da el autor al lenguaje poético, mientras el ritmo síquico envuelve al ritmo sintáctico y ambos se deslizan en el encabalgamiento, dejando la palabra como si ésta estuviera al lado de un abismo de promesas.

Parece pensar Justo Jorge que la obra del poeta nace de un intento coherente de abrazarse a las cosas que nombra, de detenerlas, de hacerlas propias; así se inserta en lo más hondo de nuestra cultura de hoy, al luchar por recorrer los caminos que rompen nuestra libertad. En el enfrentamiento de ambas concepciones, la libertad y la posesión, nace la segunda parte del libro: los más bellos poemas de amor. Pero no sólo el amor como plenitud, sino el amor con toda su riqueza de matices: la ausencia, el tiempo, la esperanza, los sueños, la tarde con su «orfandad de instantes», el futuro... Porque el poeta la ama es entre sus versos como él quiere. Frente al tiempo que todo lo destruye, en el amor las cosas toman su afán de permanencia. El poeta lo dice mejor que el crítico:

*Si las cosas persisten,
incluso si hasta nuestra vida
lucha hasta el último temblor,
es sólo por su afán de permanencia.*

También en esta serie de poemas «revive el corazón cuando canta en las lindes de quien ama».

Parece oportuno, pues, ver esta segunda parte del libro como un intento claro de modificar la realidad por medio de un esfuerzo sentimental. Y ahí aparece nuestra pena, la conciencia clara de la inutilidad del trabajo del poeta, la idea que Cernuda recoge en la fábula de Ocnos. Y toda esta preocupación se muestra en la cita que da paso a la tercera parte del libro. Es Pavese a quien utiliza el poeta ahora: «No hay nada más amargo que la inutilidad.» Y es esa tremenda realidad la que nos empuja hacia nosotros mismos y nos hace envolvernos en nuestra soledad. Es una actitud existencial angustiosa que domina a lo más válido de nuestra poesía de hoy, la desesperanza. Es el reflejo fiel, la parte tercera, de la incapacidad del hombre para incorporarse a una tarea colectiva. Ahí la soledad, porque es imposible acercarse a poseer el mundo entorno que, sin embargo, debería ser poseído al nombrarlo. El poeta debe nombrar esa realidad y el poeta debe sentirse en conflicto con ella, la realidad debe de hacer daño al poeta, cuanto más poeta más hondo calará el conflicto, más se intentará abrazar, amar el mundo, pero la realidad no podrá ser poseída ni modificada. Sólo nos quedará el deseo en disponibilidad:

*la alegre fiesta luminosa
de este día que arde sin que pueda
exprimirlo, beberlo como si fuera un fruto.*

Las vivencias colectivas de estos poemas son negativas y están transidas de amargura. Sus palabras van a lo central de la experiencia, pero no quiere ello decir que utilice un lenguaje directo, de tipo apelativo, sino que nos sitúa por medio de unas formas que responden incluso a un nivel didáctico ante lo esencial de la idea que nos quiere comunicar; con esta técnica el poeta consigue que los distintos estados de ánimo que lo embargan se vayan haciendo nuestros. Parte el poeta con frecuencia de un dato inmediato de los sentidos, de una experiencia muy concreta y real para elevarla a experiencia generalizadora, unas veces serán los legajos y expedientes, otras la corneta, para llegar en el primer caso a querer sentirse libre y en el segundo a reconocer que el día nació ya sin horizontes. Ese proceso se continúa incluso en la estructuración de los poemas, el último de ellos es una

reflexión que se nos presenta como resultado de las situaciones anteriores. La conclusión es la desesperanza:

*Qué difíciles se hacen las palabras,
esas mismas palabras que alzamos en el gesto
sobre el amargo vino de los días tristísimos
cuando no invocan la esperanza.*

Ese sentido épico al que nos referimos aparece roto porque el deseo del poeta está en abierta contradicción con el tiempo vivido y con los deseos que dominan ese tiempo:

*en la misma luz gris
de un deseo que no nos pertenece.*

El tono narrativo que en ocasiones alcanzan los poemas aparece superado en el poema por la función epítética de los adjetivos, ellos levantan las palabras del poeta, sostienen el mundo propio enfrentado al de los otros, el infierno sartriano. Llega esta situación incluso a hacerlo dudar de su capacidad de creación; ello es debido a la enorme falta de sentido que muestra el mundo entorno:

*y pienso —acaso fue verdad—
que también tuve un día
en que el sol
giraba entre mis manos,
y el corazón me parecía un dios
que encendiera la vida.*

No debemos olvidar que ante todo la poesía para Justo Jorge Padrón es amor, es recuerdo, y en una cierta medida para nuestro poeta recordar es amar. Es el corazón quien rescata el deseo, el recuerdo, es el corazón quien enciende el oscuro fuego en el que va a nacer el poema.

La última parte del libro es el resultado lógico de los distintos escalones que hemos ido marcando. Primero, la vida rescatada del olvido; después, el intento sentimental de aprehensión, del mundo; últimamente, la frustración ante la realidad, el enfrentamiento al deseo impuesto por los otros, ahora el fluir desesperante de los seres y las cosas, la manifestación de que el sentido más íntimo de la vida, tono íntimo que, por otra parte, nuestro poeta considera imprescindible para la comunicación con el lector, conduce fatalmente a la imposibilidad de aprehensión de la realidad:

*... acostumbraba a ver
los días y las cosas
como un lento adiós definitivo.*

«Las oscuras horas» contiene toda una vida, joven aún, entre sus versos; leer y releer este poema es encontrar en él a toda una generación; una generación que, como las otras, nace bajo el signo de la desesperanza.

En esta última parte del libro, adentrada con ayuda de Quasimodo, se adensa la presencia de la realidad en el poema, continuando los tonos anteriores, pero adquiriendo a veces un marcado carácter mítico. Con ello se logra que cada poema adquiera un sentido moral densísimo, que responde a situaciones éticas, claramente existenciales. El poeta nos habla «con la certeza del que nada aguarda». La presencia destructora del tiempo, sumada a un sentimiento claro en que se patentiza la angustia, el alejamiento de los otros, el olvido, que destruye el amor, condenan al poeta a la soledad:

*llenas tu vaso y piensas:
éste es tu patrimonio de hombre solo.*

Asumir su soledad es asumir los laberintos más hondos del hombre, es sumir el tiempo, «la ancha fugacidad de las cosas y los días», precisamente el camino del yo al nosotros, la solidaridad ante nuestro destino común:

*Hoy un hombre vislumbra
a otro desde muy lejos, pues no olvida
el que fue un día y los que quiso ser,
pero el tiempo le borra,
o irremediablemente
le aniquila.*

La tarea es asumir nuestra libertad, recorrer los caminos que la rompen. Libertad que únicamente puede realizarse en la tarea creadora del poeta, cuando nombra las cosas y ordena el mundo.

Atendiendo a la estructura del libro, todo él se nos muestra como un intento de precisar en círculos y en niveles distintos estos estados de ánimo que embargan al creador. Hay en nuestro poeta un hacer y rehacer sobre las mismas variaciones sentimentales. Ello obedece a que quizá piense que a veces nos traicionen un poco las palabras, y la materia puede tomar cargas y enunciados distintos dentro de cada una de las cuatro partes que componen el libro.

En este caso la función fundamental de la poesía se ha cumplido: llegar a caer entre los corazones repartidos. Demuestra además cómo el poeta no necesita recurrir a la novedad por la novedad, la poesía nacerá siempre que haya una persona dispuesta a recorrer los parques en la noche creyendo que la vida ya es suya.

Creo, no obstante, que lo más importante de los poemas de Justo Jorge Padrón es que han conseguido un certero sentido de la contención, un exacto distanciamiento logrado a pesar de la intencionada y sugestiva acumulación sentimental. Es la huella de toda una concepción de la poesía, de Manrique a los poetas metafísicos ingleses, haciendo cala en Cernüda, Quasimodo, Francisco Brines y Valente, tan queridos y admirados por nuestro poeta y por lo más válido de nuestra generación.

A todo ello une un sentido distinto de la composición poética que presta a su joven voz una extraña madurez. Se desprende del libro, y más claramente aún de uno de sus últimos poemas, «Ola ardiente», publicado recientemente en *Fablas*. Me refiero a la ruptura seria de los elementos narrativos en el poema; esta ruptura estaría dada a través de elementos alucinantes y las imágenes rozarían el abandono:

*Duros ojos viscosos cuelgan por los dinteles,
lenguas torcidas manchan
cuadros y espejos apacibles.*

Esta es la continuación de su intento para lograr una nueva poesía, no los experimentos gratuitos que no conducen más que a un narcisismo en la destrucción de la forma, aunque esto que digo parezca a primera vista un contrasentido. Así se llega a la ruptura de una órbita en exceso lógica y se logra que el poema, con frecuencia, no equivalga a conclusión. En el fondo, la lógica continuación, como puntualiza el mismo poeta, de esa poesía de conocimiento entreverada de ética de la generación del cincuenta. Escribir no es romper con la tradición, es hacerla cada vez más viva. Con ella Justo Jorge Padrón se acerca a la belleza, hace la belleza eternidad muy nuestra, rota en el tiempo de soledad.—*MANUEL VILANOVA (Polígono de Coya, número 16. VIGO)*.

MARÍA JOSÉ DE QUEIROZ: *Presença da literatura hispano-americana*. Imprensa/Publicações. Belo Horizonte, 1971; 251 pp.

María José de Queiroz emprende con excelentes resultados un método comparativo de las literaturas hispanoamericanas acorde con las técnicas más modernas. En efecto, su método se basa en el análisis a fondo de los textos (ensayo, novela, poesía): análisis, primero, del aspecto histórico en función de la sociedad y del medio en que nacieron, pero refiriéndose siempre al panorama cultural español como patrón